

San Justino

1 de junio

Justino nació en Flavia Neapolis (actual Nablus, Jordania), hijo de colonos griegos. Era filósofo y se convirtió a los treinta años. En el año 150 escribió la *Primera apología de la religión cristiana*, a la que pronto le siguió la *Segunda apología*. Entre los años 152 y 153 fue atacado por el filósofo cínico Crescencio. En 160 compuso el *Diálogo con Trifón*, un judío con el que debate la hipótesis del establecimiento de un puente entre judaísmo y cristianismo. Fue decapitado en Roma en torno al año 165. Es patrono de los filósofos.

LECTIO

Primera lectura: 1 Corintios 1,18-25

Hermanos: ¹⁸ El lenguaje de la cruz, en efecto, es locura para los que se pierden; mas para los que están en vías de salvación, para nosotros, es poder de Dios. ¹⁹ Como está escrito: *Destruiré la sabiduría de los sabios y haré fracasar la inteligencia de los inteligentes.*

²⁰ ¡A ver! ¿Es que hay alguien que sea sabio, erudito o entendido en las cosas de este mundo? ¿No ha convertido Dios en necedad la sabiduría del mundo? ²¹ Sí, y puesto que la sabiduría del mundo no ha sido capaz de reconocer a Dios a

través de la sabiduría divina, Dios ha querido salvar a los creyentes por la locura del mensaje que predicamos. ²² Porque mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, ²³ nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. ²⁴ Mas para los que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. ²⁵ Pues lo que en Dios parece locura es más sabio que los hombres; y lo que en Dios parece debilidad es más fuerte que los hombres.

➔ Cristo crucificado constituye el desafío a toda pretensión humana de «comprender» el misterio, a toda arrogancia intelectual de erigirse en juez y a toda necia sabiduría fundada en la vanidad de una experiencia soberbia de la vida. Dios elige los caminos que, aparentemente, no cuentan nada en la escena de este mundo, para confundir su gran pecado: el orgullo. La debilidad de Dios, humilde y escondida, pura y libre, es más fuerte que los hombres. Cristo crucificado es el poder de Dios que, en su infinita impotencia, vence a la muerte con la resurrección, al odio con el amor, al mal con el perdón.

Evangelio: Lucas 9,23-26

En aquel tiempo, Jesús ²³ se puso a decir a todo el pueblo:

–El que quiera venir en pos de mí que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y me siga. ²⁴ Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, ése la salvará. ²⁵ Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde o se arruina a sí mismo? ²⁶ Porque si uno se avergüenza de mí o de mi mensaje, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga rodeado de su gloria, de la del Padre y de la de los santos ángeles.

➔ El yo y el mundo: éstos son los verdaderos enemigos de la posibilidad de salvación ofrecida al hom-

bre en Cristo. Renunciar a sí mismo significa abrirse a lo imprevisible de Dios; a la novedad que, de improviso, él sabe presentarnos; gozar de la frescura del ser que vence sobre el engatusamiento del tener y sobre el afán del hacer; tomar como don extraordinario la gracia del momento presente, cargado con sus irrepitibles posibilidades; anteponer el absoluto del Evangelio a todo interés de este mundo. Salva su propia vida quien da una prioridad total a Cristo, único Señor de la historia.

MEDITATIO

Justino pertenecía a la clase superior y cultivada del paganismo. Como filósofo cualificado, no sólo conocía las más importantes corrientes intelectuales de su tiempo, sino que, por ser también un incansable buscador de la verdad, en cierto modo las examinó de una manera sistemática y no encontró la paz interior hasta que reconoció en el cristianismo «la única filosofía segura y adecuada». Entonces se adhirió a ella por completo y consagró su vida a anunciarlo y a defenderlo.

El cristianismo de Justino tiene aún otro aspecto, menos influenciado por el intelectualismo filosófico, que se manifiesta sobre todo cuando habla de la vida cotidiana de los cristianos, de la que, como miembro de la Iglesia, forma parte. El elevado nivel moral de los cristianos es para él una prueba convincente de que poseen la verdad. Llevan una vida veraz y casta, aman a sus enemigos y, por sus convicciones, van con valor al encuentro con la muerte no porque las consideraciones filosóficas les hayan convencido de la importancia de estas virtudes, sino porque Jesucristo les ha pedido que lleven una vida de acuerdo con estos ideales (H. Jedin, *Storia della Chiesa*, Milán 1988, I, 229.231).

ORATIO

Instrúyeme en las Escrituras, oh Dios, para que podamos aceptar lo que tú dices. Sabemos que él «debe sufrir» y debe ser «conducido como mansa oveja al matadero»; demuéstranos que él debe ser crucificado y morir de una manera ignominiosa y de un modo no bello, en la maldición de la cruz. Nosotros ni siquiera lo logramos pensar... No digáis, pues, hermanos, ningún mal contra este crucificado; no os riáis de sus llagas, con las que todos pueden sanar, precisamente como hemos sido sanados nosotros (Justino, *Diálogo con Trifón*).

CONTEMPLATIO

Antes que nada, reza, para que se te abran las puertas de la luz.

Nosotros honramos a Dios y a su Cristo hasta la muerte, con nuestras obras, nuestra ciencia, nuestro corazón.

Los que vivieron según el Verbo son cristianos, aunque pasaran por ateos.

Doce hombres se diseminaron desde Jerusalén por el mundo. Eran unos hombres sencillos, que no sabían hablar, pero en el nombre de Dios anunciaron a todos los hombres que habían sido enviados por Cristo para enseñar a todos la Palabra de Dios.

Nosotros no somos sólo un pueblo, sino un pueblo santo (*de las obras de san Justino*).

ACTIO

Repite con frecuencia la enseñanza del mártir Justino:

«*Empeño todas mis fuerzas para ser encontrado siempre cristiano*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El carácter de Justino, plenamente leal y de mentalidad abierta, se manifiesta con toda claridad en sus escritos. Su fe es ardiente e integral, y en el heroísmo se muestra sencillo, sin la mínima jactancia.

Con todo, hemos de señalar un defecto de Justino que se encuentra en su obra: tiene una seguridad sorprendente, y al mismo tiempo desconcertante, en el valor de su argumentación. Es verdad que «dialoga» con Trifón, pero lo hace sin escuchar plenamente a su adversario. En nuestra época posconciliar, felizmente sensible a la cuestión judía, nos sorprenden ciertas posiciones de Justino, quien, sin embargo, nunca fue hostil, careció de orgullo e incluso se diría que estaba lleno de candor y de sencillez. Aunque cristiano, siguió siendo filósofo: «La filosofía pasa a Cristo», y le está subordinada. Antes que nada, es un hombre de fe, de una fe que dice ofrecer a los más humildes, a los ignorantes; de una fe a la que sacrifica su misma vida (G. Peters, *I Padri della Chiesa*, Roma 1984, I, p. 260).

San Carlos Lwanga y compañeros

3 de junio

Pocos años después de la llegada de los misioneros, los padres blancos, al reino de Buganda (hoy parte de Uganda), se desencadenó una sangrienta persecución contra los cristianos, tanto católicos como anglicanos, éstos últimos llegados poco después. El cristianismo había sido abrazado también por personas con cargos de responsabilidad en la corte del rey Mwangi.

Molesto con la moral cristiana, que prohibía tanto la trata de esclavos como la pederastia, e impulsado por un consejero que odiaba a los cristianos, el rey consideró que debía extirpar esta nueva religión.

El 29 de octubre de 1885, fueron matados cruelmente en una emboscada, por orden suya, los misioneros anglicanos, y ese mismo año hizo decapitar al mayordomo de la casa real y a un juez del reino por ser católicos y mostrarse críticos con estas decisiones.

El 3 de junio de 1886, fueron condenados a la hoguera los dieciséis pajes de su corte que habían resistido a sus demandas, apoyados e instruidos por Carlos Lwanga. Fueron matados en la colina de Namugongo. A los cristianos se les llamaba «los que rezan».

Fueron veintidós los mártires ugandeses canonizados por Pablo VI en 1964.

LECTIO

Primera lectura: 2 Macabeos 7,1-2.9-14

En aquellos días, ¹ siete hermanos apresados junto con su madre fueron forzados por el rey a comer carne de cerdo, prohibida por la ley, y fueron azotados con látigos y nervios de toro. ² Uno de ellos dijo en nombre de todos:

–¿Qué quieres sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes de quebrantar las leyes patrias.

⁹ Cuando estaba a punto de expirar, dijo:

–Criminal, tú me quitas la vida presente, pero el Rey del universo nos resucitará a una vida eterna a los que morimos por su ley.

¹⁰ A continuación fue torturado el tercero. ¹¹ Le mandaron sacar la lengua; la sacó en seguida y extendió valientemente las manos, al tiempo que decía:

–De Dios he recibido estos miembros; por sus leyes los sacrifico, y de él espero recobrarlos.

¹² El rey y los que estaban con él se maravillaron del valor del joven, que no tenía miedo a los tormentos. ¹³ Muerto éste, torturaron al cuarto con el mismo suplicio. ¹⁴ Y cuando estaba a punto de morir dijo:

–Los que mueren a manos de los hombres tienen la dicha de poder esperar en la resurrección. Sin embargo, para ti no habrá resurrección a la vida.

➡ El objetivo del autor del segundo libro de los Macabeos es, sobre todo, aleccionar a los judíos y reforzar su fe proponiéndoles el testimonio valiente y el ejemplo heroico de sus hermanos perseguidos. El contexto histórico, en efecto, se remonta a Antíoco IV. Éste, a fin de unificar su reino y asegurar la estabilidad interna, impuso la adopción del helenismo y ordenó instaurar el culto de Zeus olímpico en el templo de Jerusalén. Los Macabeos reaccionaron contra este tipo de «normalización» religiosa y política, que mellaba la identidad del

pueblo de Dios y ahogaba la libertad del hombre. La narración del martirio de Eleazar tiene una finalidad educativa respecto a los jóvenes: «*Moriré valientemente y me mostraré digno de mi ancianidad, dejando a los jóvenes un ejemplo noble para morir voluntaria y generosamente por nuestras venerables y santas leyes*» (6,27ss). El texto de la lectura de hoy presenta el conmovedor relato del martirio de la madre y de sus siete jóvenes hijos.

Evangelio: Mateo 5,1-12

En aquel tiempo, ¹ al ver a la gente, Jesús subió al monte, se sentó, y se le acercaron sus discípulos. ² Entonces comenzó a enseñarles con estas palabras:

³ Dichosos los pobres en el espíritu,
porque suyo es el Reino de los Cielos.

⁴ Dichosos los que están tristes,
porque Dios los consolará.

⁵ Dichosos los humildes,
porque heredarán la tierra.

⁶ Dichosos los que tienen hambre y sed
de hacer la voluntad de Dios,
porque Dios los saciará.

⁷ Dichosos los misericordiosos,
porque Dios tendrá misericordia de ellos.

⁸ Dichosos los que tienen
un corazón limpio,
porque ellos verán a Dios.

⁹ Dichosos los que construyen la paz,
porque serán llamados hijos de Dios.

¹⁰ Dichosos los perseguidos
por hacer la voluntad de Dios,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.

¹¹ Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan y digan
contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía.

¹² Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

➔ Las bienaventuranzas, corazón del mensaje de Jesús, son el anuncio de que el Reino de Dios ha llegado, está presente y activo. Son una descripción del rostro mismo de Jesús, de las exigencias del Reino y de la vida de aquellos que le quieren seguir. Están dirigidas a todos, porque son el estilo de vida y el camino para construir la nueva sociedad de los hijos de Dios. Son actitudes profundas que se contraponen a la visión de la vida «según la carne». Ser constructores de paz, misericordiosos, amantes de la justicia, puros de corazón, pobres en el espíritu, es decir, no estar impulsados por el «corazón endurecido», sino permanecer a la escucha del Padre como Cristo, provoca sufrimiento y persecución.

Esta última es un signo de la verdad del mensaje y está ligada, para los discípulos, a una bienaventuranza y a una promesa: *«Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía. Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos»* (vv. 11ss).

MEDITATIO

«Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces producirá fruto abundante» (Jn 12,24). Es el misterio de la vida que continúa. Es el amor que alcanza a corazones y tierras para purificar, valorar, transformar, abrir nuevos horizontes de creatividad y de paz.

Sorprende constatar cómo el martirio acompaña al nacimiento de las comunidades cristianas y con qué fuerza y claridad cristianos de todas las edades dan la vida por Cristo y por su gente, seguros no sólo de recibir el bien prometido, sino de que con su muerte «a causa de Cristo» nace una nueva época para su pueblo. No

nos corresponde a nosotros calcular los tiempos de maduración. La semilla está sembrada y es de la misma naturaleza que el amor fecundo de la Trinidad.

Sorprende ver la juventud de esta Iglesia de África probada y nos sentimos atraídos por su fidelidad a Cristo Señor. Sacude la indiferencia y señala el camino.

La acción del Espíritu en los mártires no es sólo de consuelo, apoyo, custodia. El Espíritu de Cristo revela, en la *kenosi* del hombre nuevo, el designio de Dios y obra siguiendo la única lógica del amor. Amar con el corazón de Cristo no es sólo una ley espiritual o moral; es la nueva dignidad de la criatura partícipe, por don, del *agápe* divino y de la acción de Dios en la historia.

También los mártires de Uganda son para nosotros una imagen viviente. Son un desafío a construir, con claridad de identidad, como sarmientos unidos a la Vid, la sociedad contemporánea, y a «no dejar que falte en este mundo un rayo de la divina belleza para que ilumine el camino de la existencia humana» (Juan Pablo II).

ORATIO

Una vez que hemos conocido a Cristo, no es posible no darle todo. Es una alta dignidad compartir su vida y amar como él amó, hasta dar la vida. Esto lo he aprendido, Padre, fijando la mirada del corazón sobre estos jóvenes, cuyo valor revela tu presencia y muestra que es posible, incluso en las pruebas más duras, allí donde reina el odio y se humilla a la persona, dar a conocer a Cristo al mundo y sembrar la vida.

Su fuerza y su serenidad en el servicio en la corte del rey nacían de la oración, de la relación contigo, Padre, y con tu Hijo. No hay nombre más bello para definir a los cristianos: «Los que rezan». Por eso Carlos Lwanga y sus compañeros concluyeron su «*santo viaje*»

(Sal 84) entrando en tu casa y en el corazón de muchos. Con su muerte, la comunidad cristiana y su país dejaron de ser lo que eran antes, porque su sangre irrigaba y fecundaba todo desierto. Transforma, oh Padre, con el poder de tu Espíritu, a todos los que vivimos hoy en una sociedad compleja y contradictoria para convertirnos en verdaderos discípulos y testigos alegres de Cristo Señor, que es camino, verdad y vida.

CONTEMPLATIO

Estos mártires africanos vienen a añadir a este catálogo de vencedores que es el martirologio una página trágica y magnífica, verdaderamente digna de sumarse a aquellas maravillosas de la antigua África, que nosotros, modernos hombres de poca fe, creíamos que no podrían tener jamás adecuada continuación.

¿Quién podría suponer, por ejemplo, que a las emocionantísimas historias de los mártires escilitanos, de los cartagineses, de los mártires de la «blanca multitud» de Utica, de quienes san Agustín y Prudencio nos han dejado el recuerdo, de los mártires de Egipto, cuyo elogio trazó san Juan Crisóstomo, de los mártires de la persecución de los vándalos, hubieran venido a añadirse nuevos episodios no menos heroicos, no menos espléndidos, en nuestros días?

¿Quién podía prever que, a las grandes figuras históricas de los santos mártires y confesores africanos, como Cipriano, Felicidad y Perpetua, y al gran Agustín, habríamos de asociar un día los nombres queridos de Carlos Lwanga y de Matías Mulumba Kalemba, con sus veinte compañeros? Y no queremos olvidar tampoco a aquellos otros que, perteneciendo a la confesión anglicana, afrontaron la muerte por el nombre de Cristo.

Estos mártires africanos abren una nueva época, quiera Dios que no sea de persecuciones y de luchas religiosas, sino de regeneración cristiana y civil.

África, bañada por la sangre de estos mártires, los primeros de la nueva era –y Dios quiera que sean los últimos, pues tan precioso y tan grande fue su holocausto–, resurge libre y dueña de sí misma.

La tragedia que los devoró fue tan inaudita y expresiva que ofrece suficientes elementos representativos para la formación moral de un pueblo nuevo, para la fundación de una nueva tradición espiritual, para simbolizar y promover el paso desde una civilización primitiva –no desprovista de magníficos valores humanos, pero contaminada y enferma, como esclava de sí misma– hacia una civilización abierta a las expresiones superiores del espíritu y a las formas superiores de la vida social (Pablo VI, «Homilía de la canonización de los mártires de Uganda»).

ACTIO

Repite con frecuencia y medita hoy la Palabra del Señor:

«Dichosos los pobres en el espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos» (Mt 5,3).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El 3 de junio de 1886, dieciséis pajes de la corte del rey Mwangi, todos ellos menores de veinte años e hijos de notables, subían a la colina de Namugongo. Cada uno de ellos llevaba cargado a la espalda un haz de leña. Todos habían sido condenados a muerte, pero, según una antigua tradición, en el último momento, tres de ellos, extraídos a suerte, eran agraciados, mientras que los otros eran atados y quemados vivos en una úni-

ca gran hoguera. Los tres supervivientes se convirtieron en preciosos testigos del martirio de sus compañeros.

Los supervivientes de los pajes martirizados en Namugongo contaron así el proceso de la condena a la hoguera. «El rey hizo comparecer ante él a seis de los pajes y les dijo: “Todos aquellos de vosotros que ya no quieran rezar que se queden junto al trono, y los que deseen rezar que se pongan contra aquella pared”. Carlos Lwanga fue el primero en moverse, seguido de inmediato por los otros quince cristianos. El rey les preguntó: “Pero ¿vosotros rezáis de verdad?”. “Sí, monseñor, nosotros rezamos de verdad», respondió en nombre de todos Carlos, que, con el presentimiento de lo que iba a suceder, se había pasado toda la noche en oración con sus compañeros. El rey preguntó aún: “¿Tenéis intención de seguir rezando?”. “Sí, monseñor, siempre, hasta la muerte”. El rey emitió la sentencia de muerte para todos los que no desistieran de su propósito. Fueron muchos los intentos encaminados a convencer a los jóvenes de que se sometieran a las órdenes del rey, pero todos ellos resultaron vanos».

Los mártires de Uganda canonizados por la Iglesia católica son veintidós: ocho ya habían sido muertos antes de la matanza de Namugongo, y el último, Juan María Muzeyi, fue decapitado el 27 de enero de 1887 (E. Pepe, *Martiri e santi del Calendario Romano*, Roma 1999).

San Bernabé

11 de junio

José, apodado Bernabé, que significa «hijo de la consolación», recibe el nombre de apóstol, aunque no fue uno de los Doce. Y recibe este nombre precisamente porque desarrolló un papel decisivo en la difusión del Evangelio. Como se dice en los Hechos de los apóstoles, fue un hombre de gran fe, y, al entrar en la comunidad cristiana, vendió todos sus bienes y los puso a disposición de los apóstoles (4,36ss). Colaboró con Pablo en la evangelización de los paganos. Desarrolló su actividad misionera sobre todo en la ciudad de Antioquía, desde donde partió con Pablo para el primer viaje misionero. Murió mártir en la tierra donde había nacido, en la isla de Chipre.

LECTIO

Primera lectura: Hechos 11,21b-26; 13,1-3

En aquellos días, ^{11,21} fue grande el número de los que creyeron y se convirtieron al Señor. ²² La noticia llegó a oídos de la iglesia de Jerusalén, y enviaron a Bernabé a Antioquía. ²³ Cuando éste llegó y vio lo que había realizado la gracia de Dios, se alegró y se puso a exhortar a todos para que se mantuvieran fieles al Señor; ²⁴ pues era un hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una considerable multitud se

adhirió al Señor.²⁵ Después fue a Tarso a buscar a Saulo.²⁶ Cuando lo encontró, lo llevó a Antioquía, y estuvieron juntos un año entero en aquella iglesia, instruyendo a muchos. En Antioquía fue donde se empezó a llamar a los discípulos «cristianos».

^{13.1} En la iglesia de Antioquía había profetas y doctores: Bernabé, Simón el Moreno, Lucio el de Cirene, Manaén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo.² Un día, mientras celebraban la liturgia del Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo:

–Separadme a Bernabé y a Saulo para la misión que les he encomendado.

³ Entonces, después de ayunar y orar, les impusieron las manos y los despidieron.

➔ Incluso desde el punto de vista histórico, son más que preciosas las noticias que Lucas nos ofrece en esta primera lectura. En primer lugar, tienen que ver con las relaciones entre la Iglesia madre de Jerusalén y la comunidad cristiana de Antioquía. Bernabé, «*hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe*», puede ser considerado muy bien como el *trait d'union* entre Jerusalén y Antioquía. De este modo, colaboró no sólo en la evangelización, sino también en la edificación de la Iglesia.

En segundo lugar, Bernabé fue también importante en la vida de la Iglesia naciente porque fue él quien tomó a Pablo como colaborador, aunque Pablo le superara después en su intento de inculturar la fe. Ambos, conjuntamente, constituyen una pareja de misioneros, a cuya iniciativa y genialidad debe mucho la comunidad cristiana de todos los tiempos.

Pero son sobre todo las noticias históricas relativas a la ciudad de Antioquía y a la presencia en ella de los primeros cristianos las que tienen una importancia de primer orden. Antioquía constituye, en efecto, el punto de partida y el punto de llegada de los viajes misioneros de Pablo, después de que éste pudiera formarse en ella, compartiendo su vida con Bernabé y con muchos otros

«*profetas y doctores*» que hacían extremadamente interesante aquella experiencia de fe. En Antioquía, además, se empezó a llamar por vez primera «cristianos» (11,26) a los discípulos de Jesús. Esta noticia, en su descarnada sencillez, nos dice qué viva y vivaz era la fe que los primeros creyentes vivían en aquella ciudad que se asomaba al Mediterráneo.

Evangelio: Mateo 10,7-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ⁷ Id anunciando que está llegando el Reino de los Cielos. ⁸ Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios; gratis lo recibisteis, dadlo gratis. ⁹ No llevéis oro, ni plata ni dinero en el bolsillo; ¹⁰ ni zurrón para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni cayado, porque el obrero tiene derecho a su sustento.

¹¹ Cuando lleguéis a un pueblo o aldea, averiguad quién hay en ella digno de recibirlos y quedaos en su casa hasta que marchéis. ¹² Al entrar en la casa, saludad, ¹³ y si lo merecen, la paz de vuestro saludo se quedará con ellos; si no, volverá a vosotros.

➔ Esta página evangélica pertenece al llamado «discurso misionero» que, según Mateo, Jesús dirigió a sus apóstoles durante su ministerio público.

Vale la pena recordar, en primer lugar, *el contexto* en el que el evangelista sitúa este discurso: Jesús está recorriendo las ciudades y los pueblos de su tierra, anuncia el Evangelio del Reino y cura a los enfermos. Al mismo tiempo, constata que las muchedumbres están abatidas y abandonadas a sí mismas, «*como ovejas sin pastor*» (Mt 9,35-38). Entonces llama a sus doce discípulos, les da poder para expulsar a los espíritus inmundos y les envía en misión. Según la perspectiva de Mateo, esta misión está dirigida sólo a las ovejas dispersas de la casa de Israel: como Jesús, también sus discípulos –por

ahora— deben concentrar sus energías en el interior de un horizonte muy limitado, en espera de aperturas mucho más grandes, requeridas por la Pascua del Señor.

Tras el contexto, vale la pena señalar *el método* que recomienda Jesús a sus misioneros. Éste se caracteriza por dos notas típicas. Los misioneros del Reino deben continuar propagando lo que Jesús ha dicho y lo que Jesús ha hecho, nada más. Pero, sobre todo, deben imprimir la más absoluta gratuidad al ministerio que están emprendiendo: no es el oro o la plata lo que debe constituir el centro de su atención, sino sólo el deseo de bendecir y beneficiar. Eso es exactamente lo que afirmará san Pedro en uno de sus famosos discursos: «*No tengo plata ni oro; pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, echa a andar*» (Hch 3,6).

MEDITATIO

La invitación a la gratuidad que caracteriza, en primer lugar, al método misionero recomendado por Jesús a sus discípulos y apóstoles constituye el objeto de nuestra meditación. Es incluso demasiado fácil trivializar el tema de la *gratuidad*, considerándolo sólo desde el punto de vista material, aunque esta dimensión no debe ser en absoluto desatendida, ya que es muy apreciada en el ambiente social en el que viven hoy los cristianos. La gratuidad, sin embargo, expresa algo bien diferente, impulsa mucho más allá: requiere una *claridad interior* y un *coraje* que no es ciertamente patrimonio de la mayoría.

La gratuidad es, antes que nada, fruto de un corazón educado evangélicamente, de un corazón que late en plena sintonía con el de Jesús. Por eso, sólo puede decir que tiene una actitud gratuita quien, honestamente, pueda decir que tiene un corazón «*manso y humilde*» (cf. Mt 11,29). Gratuita, también, es la actitud de quien

está dispuesto a dar, tanto material como espiritualmente, sin esperar nada a cambio. El verdadero discípulo de Jesús se contenta y goza con dar, sin esperar nada a cambio, recordando la enseñanza de Jesús: «*Hay más felicidad en dar que en recibir*» (Hch 20,35). Gratuita es, por último, la acción de quien abre la mano para dar y no la cierra nunca, incluso ante quien rechaza el don y no manifiesta ninguna gratitud. Esa mano permanece siempre abierta porque su corazón se ha dejado educar en la escuela del Evangelio.

ORATIO

Pertenece al hambriento el pan que guardas en tu cocina. Al hombre desnudo, el manto que está en tu armario. Al que no tiene zapatos, el par que se estropea en tu casa. Al hombre que no tiene dinero, el que tienes escondido. Los juguetes que rompes son los juguetes de los niños desheredados; el alimento que malgastas es el alimento del que está desnutrido; los utensilios que tiras son los utensilios de quien no tiene casa; las obras de caridad que no haces son otras tantas injusticias que cometes (Basilio de Cesarea, «Cuando el rico es un ladrón», en *El buen uso del dinero*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1995, p. 59).

CONTEMPLATIO

Comoquiera, pues, que estoy convencido y siento íntimamente que, habiéndoos dirigido muchas veces mi palabra, sé que anduvo conmigo el Señor en el camino de la justicia, y me veo también yo de todo punto forzado a amaros más que a mi propia vida, pues grande es la fe y la caridad que habita en vosotros *por la esperanza de su vida* (Tit 3,6); considerando, digo, que de to-

marme yo algún cuidado sobre vosotros para comunicaros alguna parte de lo mismo que yo he recibido, no ha de faltarme la recompensa por el servicio prestado a espíritus como los vuestros, me he apresurado a escribiros brevemente, a fin de que, juntamente con vuestra fe, tengáis perfecto conocimiento.

Ahora bien, tres son los decretos del Señor: la esperanza de la vida, que es principio y fin del juicio; el amor de la alegría y regocijo, que son el testimonio de las obras de la justicia. En efecto, el Dueño, por medio de sus profetas, nos dio a conocer lo pasado y lo presente y nos anticipó las primicias del goce de lo por venir. Y pues vemos que una tras otra se cumplen las cosas como él les dijo, deber nuestro es adelantar, con más generoso y levantado espíritu, en su temor («Carta de Bernabé», I, 4-7, en *Padres apostólicos*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1967, pp. 771-772).

ACTIO

Repite con frecuencia durante la jornada estas palabras del Señor:

«*Gratis lo recibisteis, dadlo gratis*» (Mt 10,8).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La salvación, por parte de Cristo, es pura gracia. Si esto valía para los judíos que se dirigían a Cristo, tanto más evidente era esto en los paganos. Bernabé se dio cuenta de ello enseguida, en cuanto admiró la Iglesia surgida en Antioquía como por encanto. Comprendemos muy bien que pudiera sentirse lleno de alegría y que, frente a la acción de la gracia, no le quedara otra cosa que hacer que «*amonestar a todos a perseverar en el Señor*» [...]. Flota, sin duda, en el aire cierto aire de tragedia en el hecho de que Pedro —dado su particular temperamento—, junto

con Bernabé, precisamente en Antioquía, se pusiera en una situación difícil, haciéndose merecedor de la censura de Pablo, como este último nos dice en su Carta a los Gálatas (cf. 2,11 ss). La gracia de Dios no excluye la libertad humana, pero engendra a menudo un estado de tensión entre lo humano y lo divino, del que se sirve para despejar el camino de la Iglesia y guiarla hasta su meta.

Bernabé no había perdido de vista a Saulo. «*Fue a Tarso a buscar a Saulo*». Experimentamos una extraña sensación al leer estas palabras. Ahora bien, ¿dónde estaba Saulo? Había tenido que dejar Jerusalén como fugitivo después de su primer encuentro con la comunidad: los hermanos le habían hecho partir para Tarso (9,23-30). No sabemos lo que hizo Pablo durante estos años de ausencia. ¿Estuvo inactivo por completo? Pero Bernabé no ha olvidado a Pablo. Fue él quien hizo en su momento de intermediario, en Jerusalén, de aquel hombre cuando acababa de llegar de Damasco, y había intentado granjearle la confianza de la comunidad madre, atestiguando el encuentro de Saulo con el Señor (9,27).

Los Hechos de los apóstoles no nos dicen cómo Bernabé estaba tan bien informado respecto a Pablo. Fue una disposición providencial, y como tal siguió la amistad de estos dos hombres. El Espíritu que guía a la Iglesia se sirve de vínculos humanos personales para el bien de la sociedad. Volvemos a preguntarnos qué habría pasado si Bernabé, durante su estancia en Antioquía, no se hubiera acordado de Saulo. ¿Por qué fue a buscarle? A buen seguro, no por su propio interés. Pensaba ya en Pablo desde hacía tiempo, como podemos presumir, y sabía que su amigo sufría por estar tan alejado de aquella obra a la que parecía llamado. No sin motivo nos dice nuestro texto que Bernabé era «*un hombre de bien*» (J. Kürzinger, *Commenti spirituali del Nuovo Testamento. Atti degli Apostoli*, Roma ²1969, I, pp. 304ss).

San Antonio de Padua

13 de junio

Se le llama «de Padua» por la ciudad en la que murió y en la que reposan sus reliquias, pero nació en Portugal en el año 1195 y fue bautizado con el nombre de Fernando. En 1210 entró en los canónigos regulares de san Agustín en el monasterio de San Vicente, cerca de Lisboa, y, dos años después, el deseo de llevar una vida más recogida le llevó a Santa Cruz de Coimbra.

Poco después de su ordenación sacerdotal, en el año 1220, tras haber visto los cuerpos de los primeros mártires franciscanos en Marruecos, manifestó su nueva vocación, y así fue como entró en los frailes menores con el nombre de Antonio.

En 1221, participó en el «capítulo de las Esteras» en la Porciúncula, y vio a Francisco. Tras pasar algunos años de vida retirada y oración, empezó por obediencia el apostolado de la predicación. Predicó, dirigiéndose al pueblo, contra los herejes en Italia y en Francia y obtuvo el fruto de conversiones.

San Antonio murió a los treinta y seis años de edad, en el lugar que hoy se llama Arcella, en Padua. Fue canonizado cuando todavía no había pasado un año de su muerte, el día de Pentecostés de 1232, en Spoleto, por el papa Gregorio IX.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 61,1-3

¹ El Espíritu del Señor está sobre mí,
 porque el Señor me ha unguido.
 Me ha enviado
 para dar la Buena Nueva a los pobres,
 para curar los corazones desgarrados
 y anunciar la liberación a los cautivos,
 a los prisioneros, la libertad.

² Me ha enviado para anunciar
 un año de gracia del Señor
 y un día de venganza para nuestro Dios;
 para consolar a todos los afligidos,

³ para alegrar a los afligidos de Sión;
 para cambiar su ceniza por una corona;
 su traje de luto, por perfumes de fiesta;
 y su abatimiento, por cánticos.

➡ Este breve pasaje bíblico de Isaías presenta la misión y la vocación del profeta. Ha sido encargado de anunciar la liberación de los cautivos y un «*año de gracia*» y la venganza divina. El don del espíritu caracteriza la misión profética: hace conocer la Palabra de Dios y capacita para comunicarla. El profeta es considerado un instrumento de Dios que exhorta, consuela y enseña con claridad su mensaje. Las palabras del profeta quieren volver a dar a los israelitas, recién repatriados, defraudados y desanimados, un entusiasmo confiado y una esperanza animosa y audaz: Dios quiere y puede cambiar realmente su calidad de vida. Al mismo tiempo, hay en estas páginas un realismo profético que exige un compromiso concreto de cara a una renovación inmediata de la sociedad judía.

El espíritu del Señor, derramado sobre los reyes y los sacerdotes mediante la unción, se da ahora a *toda* la

comunidad religiosa. Es el espíritu del Señor el que da origen a una nueva época de la historia y a la alegre noticia de la liberación: al «Evangelio». Es el espíritu del Señor el que lleva a cabo la salvación, no el ejército del rey o la fuerza del hombre. Con Jesús se cumple la promesa de la efusión universal del Espíritu: éste descende sobre todos los bautizados y se nos manifiesta principalmente como una fuerza capaz de realizar cosas extraordinarias, entre las que figuran la proclamación de la Palabra con franqueza y libertad, así como el testimonio de una vida plenamente evangélica hasta el martirio.

Evangelio: Lucas 10,1-9

En aquel tiempo, ¹ el Señor designó a otros setenta [y dos] y los envió por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares que él pensaba visitar. ² Y les dio estas instrucciones:

—La mies es abundante, pero los obreros pocos. Rogad, por tanto, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ³ ¡En marcha! Mirad que os envió como corderos en medio de lobos. ⁴ No llevéis bolsa, ni alforjas ni sandalias, ni saludéis a nadie por el camino. ⁵ Cuando entréis en una casa, decid primero: Paz a esta casa. ⁶ Si hay allí gente de paz, vuestra paz recaerá sobre ellos; si no, se volverá a vosotros. ⁷ Quedaos en esa casa y comed y bebed de lo que tengan, porque el obrero tiene derecho a su salario. No andéis de casa en casa.

⁸ Si al entrar en un pueblo os reciben bien, comed lo que os pongan. ⁹ Curad a los enfermos que haya en él y decidles: Está llegando a vosotros el Reino de Dios.

➔ El fragmento del evangelista Lucas comienza con Jesús enviando a los discípulos como el Padre le envió a él. Esta misión pone tal vez más de relieve, en todo caso más que la de los Doce, la universalidad de la evangelización. Su destinatario no es sólo el pueblo israelita, sino todas las naciones del mundo, puesto que toda la humanidad es esa mies madura para recibir la salvación.

Por otra parte, en la vocación de estos primeros misioneros están representados todos los cristianos que, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, han sido y son enviados por Cristo a ejercer el apostolado. El estilo debe ser el itinerante, basado en la pobreza y en la gratuidad.

El contenido esencial del anuncio es el Reino de Dios y su paz. La oración es la actitud del discípulo que reconoce la gratuidad y la iniciativa divinas. La perspectiva que se abre ante los misioneros no es demasiado alegre y reconfortante. No pueden contar con la fuerza, ni con el poder, ni con la violencia. Es la pobreza la que se convierte en fundamento y signo de su libertad y de su plena entrega a la única tarea.

El misionero está expuesto por completo, incluso por lo que se refiere a su sustento, a los riesgos de la misión: acogida o rechazo, éxito o fracaso; pero nada puede detener o impedir la prosecución de su mandato. Nuestra misión, hoy como ayer, es ser mensajeros de la paz y de la bendición de Cristo.

MEDITATIO

San Antonio, que estaba dotado de una extraordinaria preparación intelectual y de una gran capacidad de comunicación, había maravillado con su sabiduría evangélica, sorprendido a los herejes, convertido a los pecadores y fascinado al pueblo con sus virtudes y sus milagros. San Antonio, predicador itinerante, encarnó el Evangelio de Cristo, llevando de un sitio a otro su paz, con el estilo de una vida obediente a la voluntad de Dios, disponible a las incomodidades y a las fatigas de la misión y compasivo con toda realidad humana probada por el sufrimiento en todas sus formas. Lo atribuía todo al poder de la oración.

El testimonio de vida de san Antonio refleja la comprometedor belleza y profundidad de quien vive constantemente en íntima comunión con Dios, con el único deseo de cumplir su voluntad y manifestar su infinito amor a toda criatura.

San Antonio, precisamente por ser humilde y pobre –y en esto se muestra como digno hijo de san Francisco–, deja aparecer los grandes prodigios de Dios: los milagros físicos y espirituales que el Altísimo realiza en los que confían sólo en él, en virtud de una fe cotidiana, auténtica e inquebrantable.

La luz y la creatividad de la Palabra escuchada, meditada y orada obraron en san Antonio los frutos de una caridad incansable, paciente, sin prejuicios de ningún tipo y, además, tenaz frente a las imprevisibles dificultades. Lo que se tomó más a pecho fue anunciar la ternura de Dios, su bondad y la infinita misericordia con la que nos revela su corazón de Padre. San Antonio nos llama a lo esencial, a la amistad con Dios, fuente de todo bien; fuente de esa paz y alegría que nada ni nadie podrá quitarnos nunca. Meditando sobre su vida descubrimos las maravillas de la fidelidad de Dios, que sigue con amor el camino de quien busca su rostro, haciéndole participar de todos sus dones y colaborador de su proyecto de vida sobre la humanidad.

ORATIO

No temáis, no os alejéis,
no abandonéis la Palabra de Dios;
os aseguro que aquel en quien
ponemos nuestra esperanza
no permitirá que [nada os turbe]

(A. F. Pavanello, *S. Antonio di Padova*, Padua 1976, p. 86).

CONTEMPLATIO

La contemplación no está en poder del contemplativo, sino que depende de la voluntad del Creador, que otorga la dulzura de la contemplación a quien quiere, cuando quiere y como quiere. Hay dos tipos de contemplativos: unos se ocupan de los otros, se entregan a ellos; otros, en cambio, no se ocupan de los otros ni de ellos mismos y se sustraen incluso de las cosas necesarias.

Oh hermano, cuando sirves al prójimo, entrégate por completo a él; en cambio, cuando te unas a Dios, olvidando todo lo del pasado, sumérgete en la oración y deja de pensar en los servicios y beneficios que has ofrecido o vas a ofrecer. Los que no se ocupan de los otros ni de sí mismos, aíslen en la mente afectos breves y cortos, recójense enteramente en sí mismos, de suerte que la mente, atenta a una sola cosa, pueda levantar el vuelo con mayor facilidad y fijar los ojos en el áureo fulgor del sol, sin quedar deslumbrada (“Antonio di Padova”, en *Dizionario francescano, Internet Mistici, Secolo XIII*, Asís 1995, I, 993).

ACTIO

Repite hoy con frecuencia la invocación de san Antonio de Padua:

«*Que no se haga mi voluntad, sino la tuya*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Todos los ojos en el refectorio estaban fijos en el orador. El que hablaba lo hacía con una gran desenvoltura y sencillez unidas al fervor. Las citas del evangelio se sucedían copiosas, como si el orador tuviera el misal abierto delante de él.

¿Acaso no consiste nuestra tarea en seguir el ejemplo de nuestro Señor, en llevar paz y esperanza a los que caen en la tristeza y en la desesperación? Jesús ha venido para salvar a todos, pero nos ha llamado a nosotros para que le ayudemos en esta obra. Cuando multiplicó los panes y los peces, puso en las palmas de las manos de los apóstoles pequeñas porciones partidas, para que ellos, a su vez, las partieran y las pasaran a la gente. Dijo: «Alimentadlos». Se comportó así para mostrar que aunque él es el creador de la obra, ésta tiene que ser llevada a su culminación por medio de los hombres. Quiere que le imitemos. Y cuando le imitamos, recibimos un poder que las acciones humanas comunes no tendrán nunca. Fijaos: sin él, todo parece hundirse en el mundo e ir a la ruina. En el mundo se desarrolla una lucha fratricida. Los hombres sufren y perecen, son como «ovejas sin pastor». Cuando nos apoyamos en él, todo crece y se multiplica. Basta con partir el pan recibido de Jesús para alimentar con él a multitudes enteras... (J. Dobraczynski, *Gli uccelli cantano, i pesci ascoltano...*, Padua 1987, p. 142).

San Luis Gonzaga

21 de junio

Luis nació el 9 de marzo de 1568 en Castiglione delle Stiviere (Mantua). Fue el primogénito del marqués Don Ferrante, almirante del rey de España, y de Doña Marta, de los condes de Sàntena (Turín). Después de pasar más de dos años en la corte de los Médici en Florencia y un año en la de los Gonzaga en Mantua, Luis permaneció durante mucho tiempo en la corte de Felipe II, en Madrid.

Sin embargo, al mismo tiempo, la gracia iba obrando en él proyectos muy diferentes, de modo que, vuelto a Castiglione en 1584, el prometedor condotiero soñado por Don Ferrante libró durante más de un año una batalla «completamente distinta»: contra su padre (aunque apoyado por su madre), a fin de realizar un sueño «completamente distinto», en la corte de un Rey crucificado.

Una vez vencida la oposición paterna, el 2 de noviembre del año 1585, y renunciado al marquesado en favor de su hermano Rodolfo, Luis entró en el noviciado romano de los jesuitas.

Estaba a punto de recibir la ordenación sacerdotal cuando, al estallar una epidemia de tifus petequial, fue contagiado mientras curaba a los «apestados» y, con sólo veintitrés años, murió el 21 de junio de 1591, en la octava del Corpus Christi, como había predicho.

LECTIO

Primera lectura: Filipenses 3,8-14

Hermanos: ⁸ pienso incluso que nada vale la pena si se compara con el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él he sacrificado todas las cosas, y todo lo tengo por estiércol con tal de ganar a Cristo ⁹ y vivir unido a él con una salvación que no procede de la Ley, sino de la fe en Cristo, una salvación que viene de Dios a través de la fe. ¹⁰ De esta manera conoceré a Cristo y experimentaré el poder de su resurrección y compartiré sus padecimientos y moriré su muerte, ¹¹ a ver si alcanzo así la resurrección entre los muertos. ¹² No pretendo decir que haya alcanzado la meta o conseguido la perfección, pero me esfuerzo para ver si la conquisto, por cuanto yo mismo he sido conquistado por Cristo Jesús. ¹³ Yo, hermanos, no me hago ilusiones de haber alcanzado la meta, pero, eso sí, olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo de lleno a la consecución de lo que está delante ¹⁴ y corro hacia la meta, hacia el premio al que Dios me llama desde lo alto por medio de Cristo Jesús.

➡ En el centro de este famoso himno cristológico, fulcro de Flp 3, Pablo muestra lo que debemos hacer para imitarle y avanzar expeditos, como él, por el camino de la santidad: en primer lugar, reevaluar –hasta despreciarlas– las cosas de este mundo, comparándolas precisamente con las divinas. Y, en segundo lugar, acentuar la identificación con Cristo, tendiendo precisamente cada vez más a «*revestirnos del hombre nuevo*» y, desbaratando cualquier relación precedente –judío y griego, esclavo y libre–, proceder siempre más allá: con el *magis* ignaciano, como diría san Luis. El ritmo de las frases en los vv. 8-11 es el de la contraposición antinómica, sugerida por las palabras «*nada vale la pena si se compara*», mientras que las formas verbales dejan entrever la progresión temporal que va del pasado al pre-

sente –de la justicia según la Ley a la de la fe en Jesús–, para extenderse hacia la perspectiva de un futuro expresado con una serie de proposiciones finales: «*Con tal de ganar a Cristo y vivir unido a él... para ver si alcanzo así la resurrección entre los muertos*».

En tercer lugar, en los vv. 12-14 se remacha que la iniciativa viene siempre de la gracia («*yo mismo he sido conquistado por Cristo Jesús*»), la mirada corre a la meta-premio («*corro hacia la meta, hacia el premio al que Dios me llama desde lo alto por medio de Cristo Jesús*»). A esa llamada de Dios es preciso responder, sin embargo, sin medias tintas: «*Olvidando lo que he dejado atrás, me lanzo de lleno a la consecución de lo que está delante*» (de nuevo el *magis*).

Evangelio: Mateo 13,44-46

En aquel tiempo, dijo Jesús a la muchedumbre: ⁴⁴ Sucede con el Reino de los Cielos lo que con un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo deja oculto y, lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

⁴⁵ También sucede con el Reino de los Cielos lo que con un mercader que busca ricas perlas y que, ⁴⁶ al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.

➔ La doble parábola, montada sobre un descubrimiento extraordinario –el tesoro en el campo y una perla de gran valor–, expresa el efecto que tiene el Reino de los Cielos en cuantos lo descubren. La relativa casualidad del descubrimiento evoca, ciertamente, la gratuidad del Reino y, al mismo tiempo, que la gracia no es algo barato. Se deduce de la estructura de las parábolas, que gira en torno al «comprar»: en la primera, el hombre que tuvo la fortuna de encontrar por casualidad el tesoro hace lo imposible («*lleno de alegría*») por comprar el campo y tener así el tesoro; en la segunda, el bus-

gador de ricas perlas vende todo lo que tiene para comprar la pieza excepcional (Mateo es el único de los sinópticos que insiste tres veces en la hermosura de esa perla). Lo mismo ocurre con quien descubre el valor del Reino, pues la alegría que le inspira ese hecho tan extraordinario inspira las acciones consiguientes: deshacerse de todo lo que tiene, para obtener la única cosa preciosa e importante –en el evangelio se deja espacio para alternativas de este tipo–. Por eso, a Luis se le volvió intolerable vivir en medio del lujo contemplando al Hijo de Dios, *«que, de rico como era, se hizo pobre»*, y la corona nobiliaria le pareció un insulto a la memoria de la corona de espinas.

MEDITATIO

Ya en 1926, bicentenario de la canonización de san Luis Gonzaga, Pío XI señaló al santo como «verdadero lirio de pureza y verdadero mártir de la caridad», mientras que, en 1968, Pablo VI deseaba que el cuarto centenario de san Luis hiciera «justicia a tantos preconceptos sobre la genuina fisionomía de su personalidad» y fuera capaz de «ofrecer un modelo válido a la juventud de hoy, asediada por el materialismo y por el hedonismo, pero abierta también y disponible a los grandes ideales».

Pablo VI consideraba muy actual este mensaje de san Luis: «Concebir la existencia como entrega a Dios» (= la consagración, en diferentes formas), «que debemos gastar por los otros» (= el servicio de caridad con los hermanos). Es un proyecto de vida exaltador, que Luis realizó sin demoras, aunque no a bajo precio, dado que debió superar, por gracia, notables dificultades externas e internas (de naturaleza y ambientales). Por eso es lícito decir que, en la medida en que Dios nos da la posibilidad de merecer –haciéndonos desear cuanto quiere concedernos–, Luis mereció los dones recibidos, correspon-

diendo a ellos a lo grande. Sobre las dificultades y batallas externas, recordemos que la vocación de Luis es, paradójicamente, «cortesana», en cuanto que nació durante el bienio que pasó en la corte de los Médici –donde hacían estragos ciertas pasiones muy poco nobles, a las que Luis contrapuso el voto de castidad, emitido a los pies de la Santísima Anunciación–, se consolidó en el año transcurrido en la corte de los Gonzaga de Mantua –famosa por las trampas y violencias– y tomó su forma definitiva en la corte de Madrid, que destacaba por la arrogante presunción de sus vistosos personajes y la adulación de los sometidos, mientras que todos estaban convencidos de servir a la Iglesia.

Precisamente en este ambiente perfeccionó Luis su respuesta vocacional, yendo a contracorriente de una manera decidida: no sólo confirmando su renuncia al matrimonio, hecha con el voto de castidad formulado en Florencia, sino renunciando asimismo tanto a las carreras y a los honores mundanos –como prometía aquella corte– y optando por la vida religiosa, como a los mismos cargos honoríficos de la propia Iglesia, entrando en la recién nacida «mínima Compañía de Jesús», que, por sus estatutos, los rechazaba.

Éste es el «desprecio», para obtener una «ganancia» muy diferente que hemos visto en la *lectio*, añadiéndole, no obstante, el típico *sens of humour* de Luis, registrado de este modo por su primer biógrafo: «Cuando veía en los palacios de los príncipes, incluso eclesiásticos, los oros, los adornos, los obsequios de los cortesanos, apenas podía contener la risa, por lo viles que le parecían tales cosas».

Hay un dicho que sintetiza igualmente bien las *mirabilia Dei* en Luis: fue casto, a pesar de ser Gonzaga; pobre, a pesar de ser marqués; humilde, a pesar de ser jesuita. No por casualidad, María Magdalena de Pazzi –que probablemente rezó en Florencia, el año 1578, junto a Luis

en la pequeña iglesia de S. Giovannino– exclamó en un éxtasis el 4 de abril de 1600: «Yo nunca me había imaginado que Luis Gonzaga tuviera un grado tan alto de gloria en el paraíso. Quisiera ir por todo el mundo y decir que Luis es un gran santo».

ORATIO

Los deseos que tienes debes encomendarlos a Dios no como están en ti, sino como *son en el pecho de Cristo* [recinto del Corazón de Jesús, al que Luis (como Magdalena de Pazzi) tuvo gran devoción], puesto que, si son buenos, estarán antes en Jesús que en ti y serán expuestos por él incomparablemente con mayor afecto al Padre eterno. Si tienes, a continuación, deseo de cualquier virtud [en particular], debes recurrir a los santos que más destacaron en ella: por ejemplo, para la humildad, a san Francisco; para la caridad a los santos Pedro y Pablo, etc. Porque así como el que quiere obtener una gracia relacionada con la milicia de un príncipe terreno la consigue con mayor facilidad si recurre al general o a sus coroneles, ¿qué no haría si recurriera al mayordomo de aquel príncipe? Así, si queremos obtener de Dios la fortaleza, debemos recurrir a los mártires; si queremos la penitencia, a los confesores, y así con cada una de las virtudes (Luis Gonzaga, *Affetti di devozione*, escritos en torno a 1589).

CONTEMPLATIO

Hagiógrafos y pintores nos muestran a Luis casi en éxtasis ante el Santísimo Sacramento, y, en verdad, desde su primera comunión (el 22 de junio de 1580, de manos de san Carlos Borromeo), su fervor eucarístico nunca se debilitó. Su primer biógrafo habla de la fuerza

irresistible que le impulsaba –olvidando la habitual gravedad de su caminar– a correr por los corredores hacia la capilla. Y cuando, por el empeoramiento de su salud, se le prohibió permanecer durante mucho tiempo en la capilla, solía entrar repetidas veces en el ábside y, tras hacer la genuflexión, se retiraba deprisa: casi temiendo la atracción del tabernáculo. No menos contemplativa era su devoción a María: recordemos que en Florencia, cuando estaba en aquella corte, Luis entró definitivamente (con voto) en la más sublime Corte del Cielo, donde María es la Reina y los ángeles sus pajes.

ACTIO

Repite hoy con frecuencia esta máxima entrañable a san Luis:

«*Quid hoc ad aeternitatem?*» [¿Qué y cuánto ayuda esto para la eternidad?].

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Luis había adquirido en la corte de España una característica a contracorriente. No quería, ciertamente, ostentar su propia mortificación, como tantas señoras y señores a su alrededor, empinados y atrevidos, ostentaban su oficiosa piedad. Si se atrevía a hacer lo que hacía, a pesar de las quejas de su padre y a los ojos de los más feroces conformistas del siglo, lo hacía para romper la sugestión de aquel mismo conformismo ruinoso, y abrir la tenaza del lujo y de la etiqueta. No imaginaba dar, a los catorce años, una lección tan grande al mundo. Había en su modo de actuar algo más profundo que una reacción personal todo lo justificada y oportuna que se quiera, pero siempre fruto de un «yo» indignado. La realidad íntima que había en él era diferente: era un ingenuo poder de amor. Amor a Dios y amor al prójimo. Luis actuaba por el simple, lineal y amoroso deseo de compensar a la gloria divina ofendida por tanto derroche del

mundo. En esta reparación no admitía demoras ni subterfugios: era preciso reparar. En este sentido, Luis, que era, probablemente, el muchacho más dócil y sometido de Madrid, se convertía en un rebelde contra el mundo y en un revolucionario contra una sociedad adulterada y abusiva. Sólo Dios puede saber lo que le costó aquella «voluntad de llevar la contraria» [el *agere contra ignaciano*] en un ambiente que, en el fondo, le atraía y le infundía respeto, como el de la corte de España (G. Papsogli, *Ribelle di Dio. San Luigi Gonzaga*, Milán 1968, pp. 176ss [edición española: *Joven, rebelde y santo*, Salamanca 1977]).

Santo Tomás Moro

22 de junio

Tomás Moro nació en Londres en 1477. Recibió una excelente educación clásica y se graduó en Derecho en la Universidad de Oxford. Su carrera en leyes le llevó al parlamento. En 1505 se casó con Jane Colt, con quien tuvo cuatro hijos. Jane murió joven, y Tomás contrajo nuevamente nupcias con una viuda, Alice Middleton.

Fue un hombre de gran sabiduría, reformador, amigo de varios obispos. En 1516 escribió su famoso libro *Utopía*. Su saber y su persona atrajeron la atención del rey de Inglaterra, Enrique VIII, quién lo nombró para importantes puestos en el reino y, finalmente, *Lord Chancellor*, canciller, en 1529.

Pero Tomás renunció a sus cargos en 1532, cuando el rey Enrique persistió en repudiar a su esposa, Catalina de Aragón, para casarse con otra mujer, Ana Bolena, con lo cual el monarca se disponía a romper la unidad de la Iglesia y formar la Iglesia anglicana bajo su autoridad. Esto hizo que Tomás pasara el resto de su vida escribiendo, sobre todo, en defensa de la Iglesia. En 1534, con su buen amigo el obispo, después santo, Juan Fisher, rehusó rendir obediencia al rey como cabeza de la nueva Iglesia. Estaba dispuesto a obedecer al rey dentro de su campo de autoridad, lo civil, pero no aceptaba su usurpación de la autoridad sobre la Iglesia.

Cuando iba a ser martirizado, ya en el cadalso para la ejecución, Tomás dijo a la gente allí congregada que él moría como «*buen servidor del rey, pero primero de Dios*». Fue decapitado el 6 de julio de 1535.

LECTIO

Primera Lectura: Santiago 1,2-4.12

² Considerad como gozo colmado, hermanos míos, el estar rodeados de pruebas de todo género. ³ Tened en cuenta que, al pasar por el crisol de la prueba, vuestra fe produce paciencia, ⁴ y la paciencia alcanzará su objetivo, de manera que seáis perfectos y cabales, sin deficiencia alguna.

¹² Dichoso el hombre que aguanta en la prueba, porque, una vez acrisolado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que le aman.

➔ A quienes no viven desde la fe, «*estar rodeados de pruebas de todo género*» les conduce a la desesperación. Sin embargo, quien vive consecuentemente con su fe confía, durante la prueba, en el sufrimiento redentor de Jesucristo, teniendo presente lo que escribió san Pablo: «*De todo me siento capaz, pues Cristo me da la fuerza*» (Flp 4,13).

Evangelio: Mateo 10,17-22

En aquel tiempo, ¹⁷ dijo Jesús a sus apóstoles: «¹⁷ Tened cuidado, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas. ¹⁸ Seréis llevados por mi causa ante los gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los paganos. ¹⁹ Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo hablaréis ni de qué diréis. Dios mismo os sugerirá en ese momento lo que tenéis que decir, ²⁰ pues no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará a través de vosotros.

²¹ El hermano entregará a su hermano a la muerte y el padre a su hijo. Se levantarán hijos contra padres y los matarán. ²² Todos os odiarán por causa mía, pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará».

➔ Las palabras oídas: *«Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo hablaréis ni de qué diréis. Dios mismo os sugerirá en ese momento lo que tenéis que decir, pues no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará a través de vosotros»*, son todo un apoyo y descanso para quien ejerce cualquier apostolado. La confianza en el poder de Dios es imprescindible para el cristiano, como lo fue para Tomás Moro.

MEDITATIO

Tomás y el obispo Fisher se ayudaron mutuamente a mantenerse fieles a Cristo en un momento en el que la gran mayoría de conciudadanos cedía ante la presión del rey Enrique VIII por miedo a perder la vida. Ellos demostraron lo que es ser de verdad discípulos de Cristo y el significado de la verdadera amistad. Ambos pagaron el máximo precio, ya que fueron encerrados en la Torre de Londres.

Catorce meses más tarde, nueve días después de la ejecución de Juan Fisher, Tomás Moro fue juzgado y condenado como traidor. Él manifestó ante la corte que le condenaba que no podía ir en contra de su conciencia y les dijo a los jueces: *«Ojalá podamos después, en el cielo, reunirnos todos felizmente para la salvación eterna»*.

ORATIO

Dios Glorioso, dame gracia para enmendar mi vida y tener presente mi fin sin eludir la muerte, pues para quienes mueren en ti, buen Señor, la muerte es la puerta a una vida de riqueza. Y dame, buen Señor, una mente humilde, modesta, calma, pacífica, paciente, caritativa, amable, tierna y compasiva en todas mis obras, en to-

das mis palabras y en todos mis pensamientos, para tener el sabor de tu santo y bendito espíritu. Dame, buen Señor, una fe plena, una esperanza firme y una caridad ferviente, un amor a ti muy por encima de mi amor por mí.

Dame, buen Señor, el deseo de estar contigo, de no evitar las calamidades de este mundo, no tanto por alcanzar las alegrías del cielo como simplemente por amor a ti. Y dame, buen Señor, tu amor y tu favor; que mi amor a ti, por grande que pueda ser, no podría merecerlo si no fuera por tu gran bondad. Buen Señor, dame tu gracia para trabajar por estas cosas que te pido (*oración de Tomás Moro antes de su muerte*).

CONTEMPLATIO

Qué gran modelo es santo Tomás Moro para todos, especialmente para los políticos, gobernantes y abogados. Su decidida voluntad de ser fiel a sus principios cristianos y de fidelidad a la Iglesia de Cristo hemos de contemplarla en nuestra vida. Supo renunciar conscientemente a cargos importantes para ser consecuente con sus creencias. Pidámosle que su valentía nos inspire a todos a mantenernos firmes e íntegros en la verdad, sin guardar odios ni venganzas.

Señor, que has querido que el testimonio del martirio sea perfecta expresión de la fe, te rogamos que, por la intercesión de santo Tomás Moro, nos concedas ratificar con una vida santa la fe que profesamos de palabra.

ACTIO

Repite frecuentemente:

«*En mi vida, en todos mis actos, Señor, "hágase tu voluntad"*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Aunque estoy muy convencido, mi querida Margarita, de que la maldad de mi vida pasada es tal que merecería que Dios me abandonase del todo, ni por un momento dejaré de confiar en su inmensa bondad. Hasta ahora, su gracia santísima me ha dado fuerzas para postergarlo todo: las riquezas, las ganancias y la misma vida, antes que prestar juramento en contra de mi conciencia; hasta ahora, ha inspirado al mismo rey la suficiente benignidad para que no pasara de privarme de la libertad (y, ciertamente, sólo con esto su majestad me ha hecho un favor más grande, por el provecho espiritual que de ello espero sacar para mi alma, que con todos aquellos honores y bienes con los que antes me había colmado). Por esto, espero confiadamente que la misma gracia divina continuará favoreciéndome, no permitiendo que el rey vaya más allá o, bien, dándome la fuerza necesaria para sufrir lo que sea con paciencia, con fortaleza y de buen grado.

Mi paciencia, unida a los méritos de la dolorosísima pasión del Señor (infinitamente superior en todos los aspectos a todo lo que yo pueda sufrir), mitigará la pena que tenga que sufrir en el purgatorio y, gracias a la divina bondad, me conseguirá más tarde un aumento de premio en el cielo.

No quiero, mi querida Margarita, desconfiar de la bondad de Dios, por más débil y frágil que me sienta. Más aún, si a causa del terror y el espanto viera que estoy ya a punto de ceder, me acordaré de san Pedro cuando, por su poca fe, empezaba a hundirse por un solo golpe de viento, y haré lo que él hizo. Gritaré a Cristo: *Señor, sálvame*. Espero que entonces él, tendiéndome la mano, me sujetará y no dejará que me hunda.

Y si permitiera que mi semejanza con Pedro fuera aún más allá, de tal modo que llegara a la caída total y a jurar y perjurar (lo que Dios, por su misericordia, aparte lejos de mí, y haga que una caída así redunde más bien en perjuicio que en provecho mío), aun en este caso espero que el Señor me dirija, como a Pedro, una mirada llena de misericordia y me levante de nuevo, para que vuelva a salir en defensa de la verdad y descargue así mi conciencia y soporte con fortaleza el castigo y la vergüenza de mi anterior negación.

Finalmente, mi querida Margarita, de lo que estoy seguro es de que Dios no me abandonará sin culpa mía. Por esto, me pongo totalmente en manos de Dios con absoluta esperanza y confianza. Si por mis pecados permite mi perdición, por lo menos su justicia será alabada a causa de mi persona. Espero, sin embargo, y lo espero con toda certeza, que su bondad clementísima guardará fielmente mi alma y hará que sea su misericordia, más que su justicia, lo que se ponga en mí de relieve.

Ten, pues, buen ánimo, hija mía, y no te preocupes por mí, sea lo que sea que me pase en este mundo. Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor (Tomás Moro, carta escrita en la cárcel a su hija Margarita. *The english works of sir Thomas More*, Londres 1557).

Natividad de san Juan Bautista

24 de junio

Juan el Bautista, es decir, el que bautiza, es ese a quien el evangelio nos da a conocer como el «precursor» de Jesús. Era hijo de Zacarías y de Isabel, y su venida al mundo no fue fruto de una iniciativa humana, sino un don concedido por Dios a una pareja de avanzada edad destinada a quedarse sin hijos. Juan, como precursor de Jesús, ha sido considerado con pleno derecho profeta, tanto si lo consideramos perteneciente al Antiguo Testamento como al Nuevo.

La liturgia, inspirándose en el estrecho paralelismo establecido por Lucas en el evangelio de la infancia entre Jesús y Juan el Bautista, celebra dos nacimientos: el del Mesías en el solsticio de invierno y el de su precursor en el solsticio de verano.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 49,1-6

¹ Escuchadme, habitantes de las islas;
atended, pueblos lejanos:
El Señor me llamó
desde el seno materno,
desde las entrañas de mi madre
pronunció mi nombre.

² Convirtió mi boca en espada afilada,
me escondió al amparo de su mano;
me transformó en flecha aguda
y me guardó en su aljaba.

³ Me dijo: «Tú eres mi siervo, Israel,
y estoy orgulloso de ti».

⁴ Aunque yo pensaba
que me había cansado en vano
y había gastado mis fuerzas para nada;
sin embargo, el Señor
defendía mi causa,
Dios guardaba mi recompensa.

⁵ Escuchad ahora lo que dice el Señor,
que ya en el vientre me formó
como siervo suyo,
para que le trajese a Jacob
y le congregase a Israel.
Yo soy valioso para el Señor,
y en Dios se halla mi fuerza.

⁶ Él dice: «No sólo eres mi siervo
para restablecer las tribus de Jacob
y traer a los supervivientes de Israel,
sino que te convierto
en luz de las naciones
para que mi salvación llegue
hasta los confines de la tierra».

➔ Entre los «cantos del siervo de YHWH», el que hemos leído se caracteriza porque pone muy de manifiesto el sentido y la naturaleza de la misión que se le confió a éste desde el día en que fue concebido en el seno de su madre: una circunstancia que corresponde bien a san Juan Bautista. El siervo de YHWH recibe del Señor un nombre, una llamada, una revelación. Se le reserva un trato especial en consideración a la misión –igualmente especial– que le espera. A él se le revela esa gloria que él deberá hacer resplandecer ante los que escucharán su palabra.

La misión del siervo de YHWH conocerá también, no obstante, las dificultades y las asperezas de la crisis, justamente como le sucederá a Juan el Bautista. El verdadero profeta, sin embargo, sólo espera de Dios su recompensa, y confía en la «defensa» que sólo Dios puede asegurarle. Por último, sorprende en esta lectura la apertura universalista de la misión del siervo de YHWH: será *«luz de las naciones para que mi salvación llegue hasta los confines de la tierra»* (v. 6).

Segunda lectura: Hechos 13,22-26

En aquellos días, decía Pablo: Depuesto Saúl, les puso como rey a David, de quien hizo esta alabanza: He hallado a David, hijo de Jesé, un hombre según mi corazón, el cual hará siempre mi voluntad. ²³ De su posteridad, Dios, según su promesa, suscitó a Israel un Salvador, Jesús. ²⁴ Antes de su venida, Juan había predicado a todo el pueblo de Israel un bautismo de penitencia. ²⁵ El mismo Juan, a punto ya de terminar su carrera, decía: «Yo no soy el que pensáis. Detrás de mí viene uno a quien no soy digno de desatar las sandalias».

²⁶ Hermanos, hijos de la stirpe de Abrahán, y los que, sin serlo, teméis a Dios, es a vosotros a quienes se dirige este mensaje de salvación.

➔ En su discurso de la sinagoga de Antioquía, Pablo hace una referencia explícita a la figura y a la misión de Juan el Bautista, lo que es señal de la gran importancia que la gigantesca imagen de este profeta tenía en el seno de la primitiva comunidad cristiana.

En este texto sobresalen dos grandes figuras: la de David y, precisamente, la de Juan el Bautista. Son dos profeta que, de modos diferentes y en tiempos distintos, prepararon la venida del Mesías. A David se le había entregado una promesa, mientras que Juan debía predicar un bautismo de penitencia. Ambos miraban al futuro Mesías, ambos eran testigos de Otro que debía venir y debía ser reconocido como Mesías.

Lo que sorprende en esta página es la claridad con la que Juan el Bautista identifica a Jesús y, en consecuencia, se define a sí mismo. Ésta es la primera e insustituible tarea de todo auténtico profeta.

Evangelio: Lucas 1,57-66.80

⁵⁷ Se le cumplió a Isabel el tiempo y dio a luz un hijo. ⁵⁸ Sus vecinos y parientes oyeron que el Señor le había mostrado su gran misericordia y se alegraron con ella. ⁵⁹ Al octavo día fueron a circuncidar al niño y querían llamarlo Zacarías, como su padre. ⁶⁰ Pero su madre dijo:

–No, se llamará Juan.

⁶¹ Le dijeron:

–No hay nadie en tu familia que lleve ese nombre.

⁶² Se dirigieron entonces al padre y le preguntaron por señas cómo quería que se llamase. ⁶³ El pidió una tablilla y escribió: Juan es su nombre. Entonces, todos se llevaron una sorpresa. ⁶⁴ De pronto, recuperó el habla y comenzó a bendecir a Dios. ⁶⁵ Todos sus vecinos se llenaron de temor, y en toda la montaña de Judea se comentaba lo sucedido. ⁶⁶ Cuantos lo oían pensaban en su interior: «¿Qué va a ser este niño?». Porque, efectivamente, el Señor estaba con él. ⁸⁰ El niño iba creciendo y se fortalecía en su interior. Y vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel.

➔ El evangelista Lucas se preocupa de contar, al comienzo de su evangelio, la infancia de Juan el Bautista junto a la infancia de Jesús: un paralelismo literariamente bello y rico desde el punto de vista teológico.

Cuando «*se le cumplió a Isabel el tiempo*» (v. 57) dio a luz a Juan: este nacimiento es preludio del de Jesús. Un niño que anuncia la presencia de otro niño. Un nombre –el de Juan– que es preludio de otro nombre: el de Jesús. Una presencia absolutamente relativa a la de otro. Un acontecimiento extraordinario (la maternidad de Isabel) que prepara otro (la maternidad virginal de María).

Una misión que deja pregonar la de Jesús. No viene al caso contraponer de una manera drástica la misión de Juan el Bautista a la de Jesús, como si la primera se caracterizara totalmente y de manera exclusiva por la penitencia y la segunda por la alegría mesiánica. Se trata más bien de una única misión en dos tiempos, según el proyecto salvífico de Dios: dos tiempos de una única historia, que se desarrolla siguiendo ritmos alternos, aunque sincronizados.

MEDITATIO

Sabemos que la misión de Juan el Bautista fue sobre todo preparar el camino a Jesús. De ahí que valga la pena meditar sobre el deber de preparar la venida de Jesús tanto en las almas como en la historia. Es éste un deber que incumbe a cada verdadero creyente. Preparar es más que anunciar. Es preciso poner al servicio de Jesús y de su proyecto salvífico no sólo las palabras, sino toda la vida. Desde esta perspectiva podemos captar el sentido de la presencia de Juan el Bautista en los comienzos de la historia evangélica: con su comportamiento penitencial, Juan quiso hacer comprender a sus contemporáneos que había llegado el tiempo de la gran decisión; a saber, la de estar del lado de Jesús o en contra de él.

Con el bautismo de penitencia, Juan quería hacer comprender que había llegado el tiempo de cambiar de ruta, de invertir el sentido de la marcha, precisa y exclusivamente a causa de la inminente llegada del Mesías-Salvador. Con su predicación, Juan el Bautista quería sacudir la pereza y la inedia de demasiada gente de su tiempo, que de otro modo ni siquiera se habría dado cuenta de la presencia de una novedad desconcertante, como fue la de Jesús. Ahora bien, fue sobre todo con su «pasión» como Juan el Bautista preparó a

sus contemporáneos para recibir a Jesús: precisamente para decirnos también a nosotros que no hay preparación auténtica para la acogida de Jesús si ésta no pasa a través de la entrega de nosotros mismos, a través de la Pascua.

ORATIO

Oh Dios de nuestros padres,
tú nos llamas a ser «voz»:
concédenos reconocer tu Palabra,
reconocer la única Palabra de vida eterna,
para que anunciemos esta sola Verdad a los hermanos.

Oh Dios de nuestros padres,
tú nos llamas a ser «el amigo del Esposo»:
hazme solícito a preparar los corazones de los hombres,
para que estén bien dispuestos a acogerlo.

Oh Dios de nuestros padres,
tú nos llamas a señalar el Cordero de Dios a los hombres:
haz que nunca me ponga sobre él,
sino que él crezca y yo mengüe.

CONTEMPLATIO

Grita, oh Bautista, todavía en medio de nosotros, como en un tiempo en el desierto [...]. Grita todavía entre nosotros con voz más alta: nosotros gritaremos si tú gritas, callaremos si tú te callas [...]. Te rogamos que sueltes nuestra lengua, incapaz de hablar, como en un tiempo soltaste, al nacer, la de tu padre, Zacarías (cf. Lc 1,64). Te conjuramos a que nos des voz para proclamar tu gloria, como al nacer se la diste a él para decir públicamente tu nombre (Sofronio de Jerusalén, *Le omelie*, Roma 1991, pp. 159ss).

ACTIO

Repite con frecuencia hoy estas palabras referidas al Bautista:

«Serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos» (Lc 1,76).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El primer testigo cualificado de la luz de Cristo fue Juan el Bautista. En su figura captamos la esencia de toda misión y testimonio. Por eso ocupa una posición tan importante en el prólogo y emerge con su misión antes incluso de que la Palabra aparezca en la carne. Es testigo con las vestiduras de precursor.

Eso significa sobre todo que él es el final y la conclusión de la antigua alianza y que es el primero en cruzar, viniendo de la antigua, el umbral de la nueva. En este sentido, es la consumación de la antigua alianza, cuya misión se agota aludiendo a Cristo. Por otra parte, Juan es el primero en dar testimonio realmente de la misma luz, por lo que su misión está claramente del otro lado del umbral y es una misión neotestamentaria. La tarea veterotestamentaria confiada por Dios a Moisés o a un profeta era siempre limitada y circunscrita en el interior de la justicia. Esta tarea era confiada y podía ser ejecutada de tal modo que mandato y ejecución se correspondieran con precisión. La tarea veterotestamentaria confiada a Juan contiene la exigencia ilimitada de atestiguar la luz en general. Es confiada con amor y —por muy dura que pueda ser— con alegría, porque es confiada en el interior de la misión del Hijo (A. von Speyr, *Il Verbo si fa carne*, Milán 1982, I, pp. 64ss).

San Ireneo de Lyon

28 de junio

Ireneo, originario de Asia Menor, fue discípulo del obispo Policarpo de Esmirna, de donde se deduce que debió de nacer hacia el año 130 en esta ciudad o en los alrededores. Siguiendo una ruta de emigración común en aquellos tiempos, Ireneo se trasladó de Asia Menor a la Galia, y el año 177 fue enviado por la comunidad de Lyon a Roma, para llevar una carta de recomendación al papa Eleuterio en favor de los montanistas. A su vuelta, fue elegido obispo de Lyon en lugar del anciano Potino, que murió mártir en la persecución de Marco Aurelio. Debemos situar su muerte entre los años 202 y 203. Ireneo, último varón apostólico y primer teólogo de la tradición, es un eslabón de unión entre los padres del siglo II y los del siglo III. *Contra los herejes (Adversus haereses)* es su obra maestra en defensa de la verdad de la Iglesia contra los ataques del gnosticismo.

LECTIO

Primera lectura: 2 Timoteo 2,22b-26

Querido hermano: ²² Procura practicar la justicia, la fe, la caridad y la paz con los que invocan al Señor de todo corazón.

²³ Evita las discusiones necias y superficiales, sabiendo que engendran disputas. ²⁴ Un siervo del Señor no debe ser busca-pleitos, sino condescendiente con todos, apto para enseñar y

sufrido; ²⁵ debe corregir con dulzura a los adversarios, con la esperanza de que Dios les conceda el arrepentimiento que lleva al conocimiento de la verdad, ²⁶ y que así se libren del lazo del diablo, a cuya voluntad están sujetos.

➔ En este fragmento de la segunda Carta a Timoteo se ponen de relieve algunas de las cualidades características que debe poseer todo auténtico maestro de la verdad en la Iglesia y todo verdadero pastor de la comunidad cristiana. No debe perderse en «*discusiones necias*» que engendran divisiones en el seno de la comunidad. Esas vanas elucubraciones eran particularmente gratas a los oscuros y nebulosos doctores del gnosticismo. Contra ellos, Ireneo demostró, con su enseñanza y con su vida, que los verdaderos discípulos de Cristo deben permanecer firmemente anclados en la tradición del Evangelio, que vive perennemente en la Iglesia.

Evangelio: Juan 17,20-26

En aquel tiempo, levantando los ojos al cielo, oró Jesús diciendo: ²⁰ Pero no te ruego solamente por ellos, sino también por todos los que creerán en mí por medio de su palabra. ²¹ Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado. ²² Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. ²³ Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado y que les amas a ellos como me amas a mí. ²⁴ Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplan la gloria que me has dado, porque tú me amaste antes de la creación del mundo.

²⁵ Padre justo, el mundo no te ha conocido; yo, en cambio, te conozco, y todos éstos han llegado a reconocer que tú me has enviado. ²⁶ Les he dado a conocer quién eres, y continuaré dándote a conocer para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos y yo mismo esté en ellos.

➔ Se trata de la célebre oración de Jesús por la unidad: *«Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros»* (v. 22). La gloria de Dios es la comunión de todos los hombres con Dios y entre ellos. «La gloria de Dios es el hombre viviente», dice san Ireneo, afirmando así que nunca se puede separar a Dios del hombre, ni al hombre de Dios, poniéndolos en un plano de competición y obligando a elegir a uno de los dos. No, Dios y el hombre van siempre unidos. Dios es el aliado del hombre y está siempre a su lado para llamarle a su misma vida divina.

MEDITATIO

Por eso el Verbo fue hecho dispensador de la gracia del Padre para utilidad de los hombres, por los cuales ordenó toda esta economía, para mostrar a Dios a los hombres y presentar el hombre a Dios. De esta manera custodió la invisibilidad del Padre, por una parte para que el hombre nunca despreciase a Dios y para que siempre tuviese en qué progresar, y, por otra parte, para revelar a Dios a los hombres mediante una rica economía, a fin de que el hombre no cesase de existir faltándole Dios enteramente. Porque la gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre es la visión de Dios. Si la manifestación de Dios por la creación da vida en la tierra a todos los vivientes, mucho más la manifestación por el Verbo del Padre da vida a los que contemplan a Dios [...].

Es, pues, necesario que primero observes tu orden humano, para que en seguida participes de la gloria de Dios. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu artífice, que hace todas las cosas en el tiempo oportuno y, de igual manera, obrará oportunamente en cuanto a ti respecta. Pon en sus manos un corazón blando y moldeable

y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad, no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huella de sus dedos.

Conservando tu forma subirás a lo perfecto, pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser; te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y te adornará tanto que el Rey deseará tu belleza (Sal 45[44],12). Mas si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato con aquel que te hizo un ser humano, al hacerte ingrato con Dios pierdes al mismo tiempo el arte con el que te hizo y la vida que te dio: hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana. Y por este motivo, si le entregas lo que es tuyo, es decir, tu fe y obediencia, entonces recibirás de él su arte, que te convertirá en obra perfecta de Dios.

Mas si rehúsas creer y huyes de sus manos, la culpa de tu imperfección recaerá en tu desobediencia y no en aquel que te llamó: él mandó convocar a su boda, y quienes no obedecieron se privaron, por su culpa, de su cena regia (Mt 22,3). A Dios no le falta el arte, y es capaz de sacar de las piedras hijos de Abrahán (Mt 3,9; Lc 3,8), pero el que no se somete a tal arte es causa de su propia imperfección. Es como la luz: no falta porque algunos se hayan cegado, sino que la luz sigue brillando y los que se han cegado viven en la oscuridad por su culpa. Ni la luz obliga por la fuerza a nadie, ni Dios a nadie somete por imposición a su arte (Ireneo de Lyon, *Contra los herejes* IV, 20,7 y 39,2ss).

ORATIO

Yo también te invoco, «Señor Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob y de Israel», que eres el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Dios que por la multitud de

tu misericordia te has complacido en nosotros para que te conozcamos; que hiciste el cielo y la tierra, que dominas sobre todas las cosas, que eres el único Dios verdadero, sobre quien no hay Dios alguno; por nuestro Señor Jesucristo, danos el Reino del Espíritu Santo; concede a todos los que leyeren este escrito conocer que tú eres el único Dios, que en ti están seguros, y defiéndelos de toda doctrina herética, sin fe y sin Dios (Ireneo de Lyon, *Contra los herejes* III, 6,4).

CONTEMPLATIO

Pues como del trigo seco no puede hacerse ni una sola masa ni un solo pan sin algo de humedad, tampoco nosotros, siendo muchos, podíamos hacernos uno en Cristo Jesús sin el agua que proviene del cielo. Y como si el agua no cae la tierra árida no fructifica, tampoco nosotros, siendo un leño seco, nunca daríamos fruto para la vida si no se nos enviase de los cielos la lluvia gratuita [...].

Conservamos esta fe, que hemos recibido de la Iglesia, como un precioso perfume custodiado en su frescura en buen frasco por el Espíritu de Dios, y que mantiene siempre joven el mismo vaso en que se guarda [...].

En consecuencia, si el cáliz mezclado y el pan fabricado reciben la Palabra de Dios para convertirse en eucaristía de la sangre y el cuerpo de Cristo, y por medio de éstos crece y se desarrolla la carne de nuestro ser, ¿cómo pueden ellos negar que la carne sea capaz de recibir el don de Dios que es la vida eterna? [...] Cuando una rama desgajada de la vid se planta en la tierra, se pudre, crece y se multiplica por obra del Espíritu de Dios, que todo lo contiene. Luego, por la sabiduría divina, se hace útil a los hombres y, recibiendo la Palabra de Dios, se convierte en eucaristía, que es el cuerpo y la sangre de Cristo. De modo semejante, también nuestros

cuerpos, alimentados con ella y sepultados en la tierra, se pudren en ésta para resucitar en el tiempo oportuno: es el Verbo de Dios quien les concede la resurrección, para la gloria de Dios Padre (Flp 2,11) (Ireneo de Lyon, *Contra los herejes* III, 17,2 y 24,1; V, 2,3).

ACTIO

Repite hoy con frecuencia esta célebre máxima de san Ireneo:

«La gloria de Dios es el hombre viviente».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San Ireneo retorna hoy a la actualidad. Y se lo merece. Hay pocos escritores cristianos de los primeros siglos que hayan envejecido menos y cuya calidad haga apreciar mejor el tiempo. ¿Acaso no es él mismo semejante al vaso del que hablaba, que se vuelve oloroso por el perfume que contenía? Pocos teólogos iluminan mejor algunos de los problemas fundamentales que nuestro tiempo somete a nuestra reflexión. No es que tuviera la preocupación de responder a nuestras cuestiones, sino que su pensamiento estimula nuestra reflexión y marca una estela para nosotros. Las ideas que defendió se han impuesto a toda la Iglesia. Sus puntos de vista sobre la historia se presentan como anticipaciones. Ireneo es el profeta de la historia. Es, al mismo tiempo, profeta del pasado y profeta del futuro. El arraigo en la verdad recibida le permite todas las audacias y produce las intuiciones teológicas de las que vivimos todavía. Para nuestro tiempo, que vuelve a ponerlo todo en discusión, sensible a lo que es auténtico y tiene sabor de verdad, san Ireneo es posiblemente, sobre todo, el profeta del presente (A. G. Hamman, *Breve dizionario dei Padri della Chiesa*, Brescia 1983, 33-35 [edición española: *Guía práctica de los padres de la Iglesia*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1969]).

San Pedro y san Pablo

29 de junio

Pedro y Pablo, dos columnas de la Iglesia, maestros inseparables de fe y de inspiración cristiana por su autoridad, son sinónimo de todo el colegio apostólico. A Simón Pedro, pescador de Betsaida (cf. Lc 5,3; Jn 1,44), Jesús le llamó *Kefas-Piedra* y le dio el encargo de guiar y confirmar a los hermanos, a pesar de su frágil temperamento. Su característica distintiva es la confesión de la fe. Es uno de los primeros testigos del Jesús resucitado y, como testigo del Evangelio, toma conciencia de la necesidad de abrir la Iglesia a los gentiles (Hch 10-11).

Pablo de Tarso, perseguidor de la Iglesia y convertido en el camino de Damasco, es un hombre de espíritu vivaz y brillante formación, que recibió de los mejores maestros. Animado por una gran pasión por Cristo, recorrió con su dinamismo el Mediterráneo anunciando el Evangelio de la salvación.

Ambos recibieron en Roma la palma del martirio y la unidad en la caridad, convirtiéndose en ejemplo de diálogo entre institución y carisma.

LECTIO

Primera lectura: Hechos 12,1-11

¹ Por entonces, el rey Herodes inició una persecución contra algunos miembros de la Iglesia. ² Mandó ejecutar a

Santiago, hermano de Juan, ³ y, viendo que este proceder agradaba a los judíos, se propuso apresarse también a Pedro. En aquellos días se celebraba la fiesta de pascua. ⁴ Así que lo prendió, lo metió en la cárcel y encomendó su custodia a cuatro escuadras de soldados, con intención de hacerle comparecer ante el pueblo después de la pascua. ⁵ Mientras Pedro estaba en la cárcel, la Iglesia oraba por él a Dios sin cesar.

⁶ La noche anterior al día en que Herodes pensaba hacerle comparecer, estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas, mientras dos guardias vigilaban la puerta de la cárcel. ⁷ En esto, el ángel del Señor se presentó y un resplandor inundó la estancia. El ángel tocó a Pedro en el costado y le despertó diciendo:

—¡Deprisa, levántate!

Y las cadenas se le cayeron de las manos. ⁸ El ángel le dijo:

—Abróchate el cinturón y ponte las sandalias.

Pedro lo hizo así, y el ángel le dijo:

—Échate el manto y sígueme.

⁹ Pedro salió tras él, sin darse cuenta de que era verdad lo que el ángel hacía, pues pensaba que se trataba de una visión.

¹⁰ Después de pasar la primera y la segunda guardias, llegaron a la puerta de hierro que da a la calle, y se les abrió sola. Salieron y llegaron al final de la calle; de pronto, el ángel desapareció de su lado. ¹¹ Y Pedro, volviendo en sí, dijo:

—Ahora me doy cuenta de que el Señor ha enviado a su ángel para librarme de Herodes y de las maquinaciones que los judíos habían tramado contra mí.

➡ Estamos en tiempos de la persecución contra la Iglesia por obra de Herodes Agripa, en los años 41-44. Pedro, como Jesús, fue arrestado durante los días de la pascua judía y encarcelado (*cf.* Lc 22,7). Lucas nos hace comprender la suerte que habría correspondido a Pedro si el Señor no hubiera intervenido con un milagro (vv. 1-4). Éste tiene lugar con la liberación de la muerte cierta por medio de un ángel. El evangelista pone de relieve, a continuación, la grandeza de la liberación de Pedro, toda ella obra de Dios, hasta tal punto que los cristianos no podían dar crédito a sus ojos. Dios mani-

fiesta así su benevolencia con los primeros cristianos de un modo extraordinario.

El relato de la liberación del apóstol se divide en dos partes. La primera nos cuenta lo que sucede en la prisión, donde duerme Pedro encerrado, y el procedimiento de su liberación por medio del ángel (vv. 7ss). En la segunda parte se describe cómo el ángel y Pedro recorren los caminos de la ciudad, mientras las puertas se abren fácilmente a su paso. Después de esto, desaparece el ángel liberador (vv. 9ss). Una vez salvado, dice Pedro: *«Ahora me doy cuenta de que el Señor ha enviado a su ángel para librarme de Herodes y de las maquinaciones que los judíos habían tramado contra mí»*, y se reúne con su Iglesia, que estaba orando por él (cf. v. 5). Para Lucas, ésta es la pascua de Pedro, es decir, la liberación definitiva del mundo judío, y la liberación del cabeza de los apóstoles se convierte en un signo concreto de la salvación que deben llevar también a los gentiles.

Segunda lectura: 2 Timoteo 4,6-8.17ss

Querido hermano: ⁶ Yo ya estoy a punto de ser derramado en libación, y el momento de mi partida es inminente. ⁷ He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he guardado la fe. ⁸ Sólo me queda recibir la corona de salvación que aquel día me dará el Señor, juez justo, y no sólo a mí, sino también a todos los que esperan con amor su venida gloriosa.

¹⁷ El Señor me asistió y me confortó, para que el mensaje fuera plenamente anunciado por mí y lo escucharan todos los paganos. Fui librado de la boca del león. ¹⁸ El Señor me librará de todo mal y me dará la salvación en su reino celestial. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

➡ El fragmento nos presenta el testamento de Pablo, que siente ahora próxima su muerte. Tras hacer

algunas recomendaciones a Timoteo, el apóstol nos hace conocer su estado de ánimo: se siente solo y abandonado por los hermanos, pero no víctima, porque tiene la conciencia tranquila y el Señor está con él. Ha conservado la fe y la vocación misionera, en fidelidad al mandato recibido. Es consciente de que ha «*combatido el buen combate, [ha] concluido [su] carrera*» (v. 7).

Se compara, entonces, con la «*libación*» que se derramaba sobre las víctimas en los sacrificios antiguos: quiere morir como un verdadero luchador, tal como ha vivido, consciente de haberse entregado por completo a Dios y a los hermanos. Es consciente de que ahora le espera la victoria prometida al siervo fiel y también a todos los que «*esperan con amor su venida gloriosa*» (v. 8).

La conclusión del fragmento subraya los sentimientos personales del apóstol de los gentiles, su amor por la causa del Evangelio, su imitación de la persona de Cristo, y su conciencia de haber llevado a cabo la obra de salvación con los gentiles, a la que había sido llamado por el Señor (v. 17).

Evangelio: Mateo 16,13-19

En aquel tiempo, ¹³ de camino hacia la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

—¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

¹⁴ Ellos le contestaron:

—Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas.

¹⁵ Jesús les preguntó:

—Y vosotros ¿quién decís que soy yo?

¹⁶ Simón Pedro respondió:

—Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

¹⁷ Jesús le dijo:

–Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre, que está en los cielos. ¹⁸ Yo te digo: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder del abismo no la hará perecer. ¹⁹ Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

► La confesión de Pedro es un texto de gran importancia para la vida del cristianismo y se compone de dos partes: la respuesta de Pedro sobre el mesiazgo de Jesús, Hijo de Dios (vv. 13-16), y la promesa del primado que Jesús confiere a Pedro (vv. 17-19). Por lo que respecta a la pregunta que dirige Jesús a sus discípulos, podemos subrayar dos puntos de vista: el de los hombres (v. 13: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»), con su apreciación humana, y el de Dios (v. 15: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?»), con el correspondiente conocimiento sobrenatural.

La opinión de la gente del tiempo de Jesús reconocía en él a un profeta y a una personalidad extraordinaria (v. 14). La opinión de los Doce, en cambio, es la expresada por la confesión de fe de Pedro: Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios (cf. v. 16). Ahora bien, esa revelación es fruto exclusivo de la acción del Espíritu Santo, «porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre, que está en los cielos» (v. 17).

A causa de esta confesión, Pedro será la roca sobre la que edificará Jesús su Iglesia. A Pedro y a sus sucesores les ha sido confiada una misión única en la Iglesia: son el fundamento visible de esa realidad invisible que es Cristo resucitado. Ambos constituyen la garantía de la indefectibilidad de la Iglesia a lo largo de los siglos. Por otra parte, el poder especial otorgado por Jesús a Pedro, expresado por las metáforas de las llaves, del «atar» y del «desatar» (v. 19), indica que tendrá autoridad para prohibir y permitir en la Iglesia.

MEDITATIO

La Iglesia celebra a través de estos dos apóstoles su fundamento apostólico, mediante el cual se apoya directamente en la piedra angular que es Cristo (cf. Ef 2,19ss). Pedro y Pablo son los «fundadores» de nuestra fe; a partir de ellos se entabla el diálogo entre institución y carisma, a fin de hacer progresar el camino de la vida cristiana.

El pescador de Galilea empezó su extraordinaria aventura siguiendo al Maestro de Nazaret, primero, en Judea y, a continuación, tras su muerte, hasta Roma. Y aquí se quedó no sólo con su tumba, sino con su mandato, es decir, en aquellos que han subido a la «cátedra de Pedro». Pedro continúa siendo, en los obispos de Roma, la «roca» y el centro de unidad sobre el que Cristo edifica su Iglesia.

Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, se convirtió de perseguidor de Cristo en celoso misionero de su Evangelio. Cogido por el amor al Señor, Cristo llegó a ser para él su mayor pasión (2 Cor 5,14), hasta el punto de decir: «*Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí*» (Gal 2,20). Su martirio revelará la sustancia de su fe.

La evangelización de estas dos columnas de la Iglesia no se apoya en un mensaje intelectual, sino en una praxis profunda, sufrida y atestiguada con la palabra de Jesús.

ORATIO

Dios omnipotente y eterno,
que con inefable sacramento
quisiste poner en la sede de Roma
la potestad del principado apostólico,
para que a través de ella la verdad evangélica
se difundiera por todos los reinos del mundo,

concede que lo que se ha difundido
por su predicación en todo el orbe
sea seguido por toda la devoción cristiana

(*Sacramentarium Veronense*, ed. L. C. Mohlberg, Roma 1978, n. 292).

CONTEMPLATIO

[...] en los apóstoles Pedro y Pablo has querido dar a tu Iglesia un motivo de alegría: Pedro fue el primero en confesar la fe; Pablo, el maestro insigne que la interpretó; aquel fundó la primitiva Iglesia con el resto de Israel, éste la extendió a todas las gentes. De esta forma, Señor, por caminos diversos, ambos congregaron la única Iglesia de Cristo, y a ambos, coronados por el martirio, celebra hoy tu pueblo con una misma veneración (*Misal romano*, prefacio propio de la misa de la solemnidad de los santos Pedro y Pablo).

ACTIO

Repite hoy con frecuencia orando con san Pedro y san Pablo:

«*El Señor me asistió y me confortó*» (2 Tim 4,17).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La liturgia fija hoy algunos momentos en la rica y agitada vida de los dos apóstoles. Domina sobre todos la escena de Cesarea de Filipo, descrita en el fragmento evangélico. ¿Qué retendremos, en particular, de este episodio tan célebre? Estas palabras: «*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*». La Iglesia, pues, no es una sociedad de librepensadores,

sino que es la sociedad –o mejor aún, la comunidad– de los que se unen a Pedro en la proclamación de la fe en Jesucristo. Quien edifica la Iglesia es Cristo. Es él quien elige libremente a un hombre y lo pone en la base. Pedro no es más que un instrumento, la primera piedra del edificio, mientras que Cristo es quien pone la primera piedra. Sin embargo, desde ahora en adelante no se podrá estar verdadera y plenamente en la Iglesia, como piedra viva, si no se está en comunión con la fe de Pedro y con su autoridad, o, al menos, si no se tiende a estarlo. San Ambrosio ha escrito unas palabras vigorosas: «*Ubi Petrus, ibi Ecclesia*», «Donde está Pedro, allí está la Iglesia». Lo que no significa que Pedro sea por sí solo toda la Iglesia, sino que no se puede ser Iglesia sin Pedro (R. Cantalamessa, *La Parola e la vita*, Roma 1978, p. 307).